

Ingrid Betancourt, *La rage au coeur*, XO Éditions, París, 2001, 249 pp.

EDUARDO SÁENZ ROYNER

PH. D. PROFESOR TITULAR, UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA.

En este libro, la política colombiana Ingrid Betancourt narra pormenores de su vida y de eventos recientes en el país, especialmente aquellos relacionados con la financiación por parte de los narcotraficantes de Cali de la campaña presidencial de Ernesto Samper y su gobierno entre 1994 y 1998. El tono de la obra se revela desde las primeras páginas en las que Betancourt escribe sobre la amenaza contra su vida, amenaza que recibió por parte de un misterioso visitante en su oficina en el Congreso en diciembre de 1996.

Nacida en 1961, la autora se crió en París donde su padre, Gabriel Betancourt Mejía, era diplomático. Este último ocupó altos cargos en el Estado colombiano, entre ellos el de ministro de Educación en dos ocasiones, embajador en Francia y en la Unesco. Su madre también fue política y congresista, liga-

da a importantes líderes liberales como Carlos Lleras Restrepo y Luis Carlos Galán Sarmiento.

Betancourt estudió Ciencia Política en París y se casó con un diplomático francés con quien tuvo dos hijos. Su deseo de volver a Colombia y la negativa de su marido a vivir en una nación tan convulsionada ocasionaron su separación. De regreso al país, Betancourt trabajó en el gobierno de César Gaviria en los ministerios de Hacienda y Comercio Exterior, bajo las órdenes de Rudolf Hommes y Juan Manuel Santos, respectivamente.

En 1994 hizo su campaña para el Congreso repartiendo condones en las calles de Bogotá. Los condones eran para combatir simbólicamente "el Sida de la corrupción". Un grupo de empresarios floricultores y el poderoso industrial Hernán Echavarría la apoyaron

económicamente en esa campaña¹. Tuvo una alta votación, en buena parte dada su campaña publicitaria, y salió electa.

Durante el gobierno de Ernesto Samper, Betancourt fue una de sus principales detractoras. La autora recuerda cómo conoció a Samper en 1986 y que desde entonces le pareció un populista cínicco. Incluso lo acusa de haberse apropiado de un plan de desarrollo para la costa del Pacífico colombiano que ella había elaborado en el Ministerio de Hacienda a comienzos de la década de los años noventa. Afirma que Samper, "elegido con el dinero de los narcos, hará asesinar a la mayor parte de los testigos" e intentará silenciarla a ella.

La autora narra la reunión que ella y otros congresistas sostuvieron con los hermanos Rodríguez Orejuela y José Santacruz, ca-

⁽¹⁾ Aunque Betancourt no lo menciona, los nexos de su familia con el Establecimiento empresarial vienen desde que su padre trabajó para la Asociación Nacional de Industriales, ANDI, ocupó la Secretaría de Asuntos Técnicos y Económicos de la Presidencia de la República, y fue presidente de Cristalería Peldar a mediados del siglo XX. Véase, *Quién es quién en Venezuela, Panamá, Ecuador, Colombia, Bogotá*: Oliverio Perry & Cía. Editores, 1952, p. 575.

becillas del Cartel de Cali, en esa ciudad en febrero de 1995. Estos últimos les comentaron sobre su colaboración con el presidente César Gaviria para perseguir a Pablo Escobar. Les ratificaron que financiaron la campaña presidencial de Samper y que tenían comprados a la mayoría de los representantes a la Cámara y a la mitad de los senadores. Betancourt asegura que los Rodríguez Orejuela se entregaron a la justicia voluntariamente².

Betancourt menciona los asesinatos de varias personas que supuestamente sabían demasiado sobre los nexos entre los narcotraficantes caleños y la campaña Samper Presidente. Estos asesinatos, según la autora, fueron ordenados por el mismo Samper. Entre las víctimas estaban el chofer de Horacio Serpa, ministro del Interior de Samper, Elizabeth Montoya, nexo de este último con los narcotraficantes, y Álvaro Gómez, político conservador de oposición. El chofer de Serpa iba a declarar en la Fiscalía cuando fue asesinado. Montoya, según Betancourt, ya había contactado a Alfonso Valdivieso y estaba acumulando documentos que comprobarían las transferencias bancarias a favor de Samper.

En junio de 1996 le enviaron a Betancourt una carta en la que amenazaban con matar a sus dos hijos. La carta venía acompañada con la foto de un niño decapitado. Inmediatamente envió a sus hijos a vivir con la abuela paterna en Francia. Las páginas que narran el exilio de sus hijos son desgarradoras; parecen repetir los sentimientos que ella describe al recordar el divorcio traumático de sus propios padres cuando la autora tenía 14 años. Por tanto, el libro nos muestra las tensiones de una mujer que tiene que escoger entre una carrera –para ella, casi una misión– y su familia, y se inclina por la primera.

El 20 de julio de 1996, y después de la sesión conjunta anual del Senado y la Cámara, hubo un intento de atentado contra Betancourt en el barrio La Candelaria en el centro de Bogotá. La pericia de su chofer les permitió escapar de dos autos que los perseguían. Como advierte la autora, este evento no se conocía en público hasta la publicación de este libro.

En 1998, Betancourt creó un movimiento político llamado Oxígeno y llegó al Senado con la votación más alta para dicha corporación en el país. Andrés Pastrana le pidió apoyo para su campaña presidencial.

Betancourt puso como condición que en caso de ser electo Pastrana, realizaría una serie de reformas políticas y constitucionales por referéndum. Pastrana aceptó pero, una vez posesionado como presidente, se echó para atrás y tuvo una fuerte discusión en privado con Betancourt. Así, Pastrana no escapa en este libro a las críticas de Betancourt, quien lo describe como “mal alumno, estudiante mediocre”, político “de poca envergadura”.

Para concluir, hay literatura académica que señala los orígenes de clase de un buen número de narcotraficantes y los conflictos entre éstos y las elites tradicionales³. En un espíritu similar, pero en tono de denuncia, Betancourt divide el país entre los narcotraficantes y sus aliados políticos de una parte, y las personas “de bien” y los pocos políticos impolutos –como ella– en la orilla opuesta.

Aunque hay que reconocer que Betancourt subraya el tremendo daño que los narcotraficantes le han hecho al país y el cinismo de un presidente de la República electo con la ayuda de los primeros, este libro nos recuerda el enfoque de la periodista María Jimena Duzán en un conocido trabajo suyo⁴. Y se

(2) Para una versión diferente sobre este último punto, véase Rosso José Serrano, *Jaque mate. De cómo la policía le ganó la partida a “El Ajedrecista” y a los carteles del narcotráfico*, Bogotá: Grupo Editorial Norma, 1999.

(3) Sobre este tema y para el caso antioqueño, véase Mario Arango Jaramillo, *Impacto del narcotráfico en Antioquia*, Medellín: Editorial J. M. Arango, 1988 y Mary Roldán, “Colombia: cocaine and the ‘miracle’ of modernity in Medellín”, en Paul Gootenberg (comp) *Cocaine. Global histories*, Nueva York: Routledge, 1999.

(4) Véase María Jimena Duzán, *Crónicas que matan*, Bogotá: Tercer Mundo Editores, 1992.

podría señalar sobre el libro de Betancourt lo mismo que el historiador Michael F. Jiménez escribió en *The Nation* sobre la obra de Duzán:

Según [la autora], un pequeño pero ilustrado y valiente segmento de la clase alta colombiana ha enfrentado a los narcotraficantes [...] Los héroes de su historia son las damas y los caballeros cultos y pertenecientes a la clase alta

tradicional, quienes libran una lucha titánica por el futuro del país [...] Revive la vetusta narrativa de las elites latinoamericanas sobre la defensa de la civilización ante la barbarie⁵.

Habría, pues, que recordar las relaciones económicas entre muchos empresarios establecidos y los narcotraficantes, lo mismo que sus alianzas en "aventuras" de extrema derecha. Sin olvidar, por supuesto,

cómo familias tradicionales han vivido de la alta burocracia y han realizado todo tipo de contratos con el Estado durante años (precisamente ese mismo Estado que hoy pretenden moralizar o desmontar).

De todas formas, este libro, orientado al público francés y escrito en una narrativa ágil e interesante, bien vale la pena que sea traducido y publicado en Colombia.



Ana María Rueda
Tierra
Oleo sobre tela Impresa
1 mt x 2 mts
1992

⁽⁵⁾ Michael F. Jiménez, *The Nation*, septiembre 5 al 12 de 1994, pp. 246-249.